

FUTURO INCIERTO

Inadecuación entre el crecimiento económico y el desarrollo social

JUAN DE ARESPACOHAGA Y FELIPE

Quiero agradecer las palabras del Presidente, expresadas con más afecto que justicia, y entiendo que esta reunión es una especie de prolongación de las que realiza la propia Real Academia en su deseo de investigar las distintas ramas de saberes que agrupa y, en este sentido, el coloquio tras la exposición, que intentaré hacerla lo más breve posible, enriquecería el texto que he preparado.

1. Entrada

La incertidumbre no es nunca pesimista ni optimista, es un estado de desconocimiento que, normalmente, se halla vinculado a un devenir que se está presintiendo pero que hay que conocer. Nunca podrá tacharse de imprudente al que intente despejar esta incertidumbre con los datos y posibilidades que tenga en el momento que vive. Cualquiera navegante es muy cuidadoso de atender los partes meteorológicos para saber si puede tener delante, en su previsto rumbo, una baja presión que se convierta en tempestad y no forzosamente para dar un golpe de timón sino simplemente para conocer de qué forma ha de cruzarla.

El futuro de la humanidad requiere todavía muchas más previsiones porque lo que en ella se juega a veces no es correr el temporal, sino entrar en un proceso cuyas últimas consecuencias se tiene ya experiencia de que, a lo largo de la historia, no se pueden nunca predecir en sus exactos términos. Pero hay más. Aún en el caso de que el análisis del futuro pueda resultar sombrío, nunca cabría en esta circunstancia un cambio de rumbo absoluto. Los condicionantes que acompañan el desarrollo de la humanidad, aunque el análisis se centre a un solo país o a una sola región, son normalmente lo suficientemente rígidos como para que las variaciones a introducir estén siempre muy afectadas por la situación, pero de eso a no preocuparse de cuál puede ser el futuro hay idéntica distancia que entre el avestruz, que mete la cabeza debajo del ala cuando presiente un temporal y la del piloto, a que aludíamos al principio, que está obligado a analizar en cada momento lo que tiene más allá de su situación geográfica. Lo que os voy a decir, *tras daros las gracias más sentidas porque habéis venido a escucharme*, es sólo el simple temor, agudizado por los años, de que podemos encontrarnos próximamente con importantes problemas, de los que

no estamos preocupándonos porque en nuestra sociedad existe el deseo íntimo de no preocuparse por ello y dejar simplemente a los viejos luchadores de la economía y la política, pero viejos al fin, unas preocupaciones teóricas solo posibles de sentir cuando, en cierto modo alejados de las preocupaciones vitales de cada día, tienen tiempo para, con los datos del momento, pararse a pensar qué va a haber detrás del desinterés social de cada día. Porque esa falta de inquietud de que goza el momento actual y que no se producía en los ciudadanos de años pasados, puede deberse al presentimiento de que el porvenir es lo suficientemente complicado como para no pensar lo que va a ocurrir años más tarde.

Yo critico esta indiferencia de nuestros conciudadanos sumidos en una dedicación profunda, constante y acelerada por el presente, como no existen muchos precedentes en nuestra historia, pero sería grave confundir este acelerado quehacer de cada día, con una seguridad absoluta en el porvenir.

Volveremos al final de esta exposición a hacer un brevísimo y final comentario sobre la postura más o menos optimista, más o menos cautelosa, o simplemente más informada, que puede adoptarse concretamente en España sobre el problema, y mientras, ruego tomen mi exposición como un simple deseo de explicar lo que, a mi juicio, puede deparar el porvenir al proceso de desarrollo económico en el que está sumido no solo España sino los denominados países desarrollados de la denominada cultura occidental.

2. Fin del Estado de Bienestar

La «Economía del Bienestar» de Pigou es un tratado general de Economía en el que las transferencias entre las clases con desigualdad manifiesta en sus rentas están teóricamente tratadas junto a otros problemas generales económicos que van, desde el análisis de lo que denomina «dividendo nacional», hasta los problemas de los monopolios pasando por las regulaciones de precios, los productos netos sociales y privados, las tarificaciones monopolísticas (principalmente las ferroviarias), las asociaciones de compradores o monopsonios, la gestión pública industrial, el arbitraje, horarios de trabajo, paro y reducción de jornada y muchos otros que hacen de este libro antecedente y base de toda la economía moderna.

Dentro de la Sección de Ciencias Económicas de la Real Academia, se está estudiando en la actualidad la situación de este llamado estado de «Bienestar» analizando cuanto dice Pigou sobre el mismo y es de esperar que sobre la cuestión la Academia haga un trabajo interesante.

En el prólogo que Manuel de Torres puso a la edición española de «The Economics of Welfare», en su tercera edición de 1.928, dice «resulta altamente práctica la creación abstractamente teórica del profesor Pigou».

Y es cierto, es difícil concebir el desarrollo de la Teoría económica del siglo XX sin Pigou pero también es cierto que en los últimos años el término «bienestar» que ya plantea ha adquirido una connotación enormemente estrecha con los problemas de las transferencias entre las clases sociales y, en este sentido, ofrece una gran lucidez la obra del Prof. Buchanan, Premio Nobel de Economía en año no lejano.

El Bienestar, según Buchanan se produce por la difícil acomodación de las decisiones que, lógicamente, han de tomar dos grupos políticos contrapuestos, lo que por fuerza lleva a una formulación dinámica de su teoría.

El actual estado de Bienestar ha ido madurando a medida que el Estado Socialista se marchitaba y abandonaba su concepto marxista sumándose a la democracia liberal. Pero se ha mantenido el obligado principio, difícil de disfrazar, de que los beneficiarios del bienestar lo hacen evidentemente a expensas del contribuyente y la democracia mayoritaria actual ofrece el voto, indiscriminadamente, tanto a uno como a otro colectivo para lograr el poder y con ello decidir el monto y formalización de dichas transferencias lo que hace muy difícil un punto de equilibrio.

Es bien sabido que fue el príncipe Bismarck quien, para conjurar la amenaza marxista, decidió asegurar por parte del Estado una cierta tranquilidad económica a los más desvalidos socialmente. Pero no planteó y por lo demás no le interesaba hacerlo lo difícil que sería mantener este equilibrio al margen de una gran autoridad estatal, al estilo de la autocracia prusiana. Y, al caer el mundo occidental, incluida Alemania, en la democracia absoluta del voto para cada ciudadano, se hace imposible encontrar el equilibrio de poder entre los que tienen que dar y los que deben recibir.

Lo lógico es que, a la vista de la situación concreta del país, se formen y consoliden coaliciones de votos, en el grupo menos favorecido, para que las transferencias fiscales se produzcan desde las personas que no pertenecen a dichas coaliciones, las menos favorecidas, hacia éstas, con lo que los tipos impositivos serán discriminatorias y cambiantes según qué grupo saque mayor número de votos para lograr el poder.

Este tipo de coaliciones en demanda del voto para ocupar el poder, que es principio y finalidad de los partidos políticos de las actuales democracias, forman pues un sistema inestable forzosamente en la política del bienestar. De ahí que el neocapitalismo pretende volver simplemente a las libertades sin límites de principio del XIX, en que ni se planteaba, porque no importaba exageradamente, el bienestar general. Si se quiere huir de este planteamiento absurdo se hará necesaria una limitación muy precisa de la libertad de los partidos, de carácter constitucional necesariamente, un «principio de generalidad» en las transferencias según lo bautiza el propio Buchanan.

Para ello se necesita admitir socialmente la obligatoriedad de una serie de actuaciones, independientemente de que gobiernen, por mayoría de votos, los desfavorecidos que han de recibir o los que no lo son y han de pagar.

Por ejemplo, el bienestar de la tercera edad puede estar dentro de este «principio de generalidad». Es evidente que, como todos tenemos que llegar a viejos, el bienestar de este grupo puede pagarse por todos de buena gana. Este pacto se produjo en su momento y aunque esta clase de prestación se ha venido considerando normal, en las democracias liberales actuales empieza ya a entrar en crisis porque, en este tipo de amplio pacto social, se pone en duda por los más pudientes el alcance y características de la prestación hacia los jubilados.

En iguales condiciones se pueden definir objetivamente otras necesidades que no vulneren la absoluta mentalidad política de cada grupo, tales como la enseñanza de forma gratuita y la ayuda a grupos concretos, como los discapacitados absolutos, per-

manentes como los ciegos, o temporales como los simples enfermos. Aquí, sin embargo, se plantea desde un principio dónde están los límites que obligan a la clase pudiente, un sacrificio hacia la más débil. ¿El pago de todo tipo y duración de enfermedades? ¿Una sola calidad de escuelas sin competencia entre sí?

Y esta situación, puramente subjetiva, incluso ética si se quiere, amenaza el bienestar, digamos «pactado», entre estamentos sociales.

Puede pues asegurarse que las transferencias fiscales de un grupo económico a otro, indispensables al «bienestar», no pueden encontrar equilibrio dentro de una economía absolutamente liberal. El punto de vista más reciente sobre el tema, que preocupa hondamente en el seno estudiantil de las universidades y muy principalmente en las americanas, lo ha expuesto en una conferencia pronunciada a primeros de año por N. Rockefeller. Este representante genuino de la empresa americana planteó la necesidad de que la propia empresa mercantil tiene que ser la protagonista de esta redistribución de rentas a expensas de sus propios beneficios. La empresa mercantil según él tiene forzosamente que enfocar, como uno de sus propios problemas, el aspecto bienhechor, casi caritativo de asegurar un bienestar constante en la sociedad.

A primera vista es un planteamiento simple pero que estimo inalcanzable. Es cierto que en la actualidad la empresa conforma un sistema intermediario en muchos aspectos entre el estado y la sociedad y es el vehículo más fácil para retención de transferencias (seguros sociales, descuentos en los salarios para I.R.P.F., I.V.A. y otros pagos institucionales) pero sus objetivos se hallan tan lejos del tema del «binestar» que vemos imposible su transformación. Nos referimos a la empresa occidental. La oriental, japonesa concretamente, tiene una organización distinta en cuanto a las valoraciones laborales y a ello volveremos más adelante.

3. La creación de pobreza en el actual sistema

Los mayores beneficiarios en el sistema de liberalismo absoluto, son sólo una minoría. Según las Naciones Unidas, en los estudios que se promovieron el pasado año de 1.996, año dedicado a la Pobreza, el 50% de las riquezas del planeta podrían estar repartidas entre sólo un millón de personas.

Admito que la cifra pueda tener una componenete propagandística y cierta falta de rigor en su estudio, pero sirve para lanzar un grito que debe llegarnos a todos los habitantes del planeta y, especialmente a los protagonistas del denominado mundo occidental, en el que sin duda los 600 millones de habitantes que lo formamos, recibimos al año las tres cuartas partes de toda la riqueza producida en el planeta, es decir, que una quinta parte de la población mundial recibe quince veces más que el resto de sus cuatro quintas partes.

Estas, que son cifras calculadas con rigor, difícilmente pueden admitirse como justas. Se basan, sin duda, en un sistema apoyado en una trama de poder financiero principalmente, pero también cultural y, por supuesto, étnico, de tal arraigo que es capaz de sustentar un modelo social que puede calificarse de inicuo.

Es evidente que el enriquecimiento de unos pocos está íntimamente ligado al empobrecimiento de grandes mayorías, gracias a un sistema económico que sólo es

posible mantener con una generalizada actitud personal que no considera vil apropiarse de lo que, en justicia, puede corresponder a otro, al no considerar como valor social más que la habilidad que se tenga para obtener mayor riqueza. Y, sentada esta relación como la universal del sistema, se comprende esa actitud social permanente de agresión personal, encubierta pero profunda, hacia el prójimo, con el ánimo de lograr ganar más que él, disfrutar más que él y alcanzar una situación mejor que la suya. Ello lleva de inmediato a no considerar hoy, entre los humanos, otro valor que el poder material y da lugar a una búsqueda insaciable del dinero, incluso poniendo en entredicho la propia dignidad.

La situación se agrava en zonas del globo más alejadas del mundo occidental. Ojalá que una cierta vergüenza empiece a apoderarse de los países de Europa y norte de América cuando se contemplan actos tan dramáticos como los recientes y repetidos en zonas de África Central, o se sienta alarma ante el fenómeno de un carácter reivindicativo que se torna forzosamente hacia un tipo de terrorismo, en muchos países de América central y septentrional, que participan ya de nuestra propia cultura.

Considerando, como es normal entre los estudiosos de estos temas, que un hogar vive en la pobreza cuando la renta que percibe es menor de la mitad de la renta media del país en que habita, se admite para el conjunto de países de la Unión Europea, que más de 50 millones de personas viven por debajo del citado nivel. Las cifras más elevadas, cerca de un 25% de hogares pobres se encuentran en Portugal y las menores, el 4%, en los Países Bajos. Si este análisis se extiende a los países europeos existentes fuera de la comunidad europea, desde la propia Rusia, con un 30%, hasta Rumanía con el 60%, se encuentra una decena de naciones en las que el desarrollo de la pobreza ha llegado a límites insospechados sólo hace medio siglo.

Pero lo más dramático del fenómeno, con ser bien dramática de por sí su situación de base, es que se trata de un hecho dinámico que parece empeorar inflexiblemente con el tiempo.

En Inglaterra, país que ha analizado el fenómeno en su propia carne de la forma más rigurosa, resulta que en 1.979 el 10% de población con menor nivel de renta participada del 4'1% de la renta total del país, pero esta cifra ha bajado al 2'5% en 1.994. Paralelamente, el 10% de mayor nivel de renta, que en 1.979 retenía el 20% de toda la renta del país subió en 1.994 al 26%. Estos datos básicos llevan a que en 1.983 el nivel de pobreza alcanzaba al 14'3 de los ingleses y en 1.993 subía al 17'2%.

¿Cuál es la razón de este aumento de pobreza? Es bien sabido que, durante mucho tiempo, se pensó que la curva de Pareto de la distribución de la renta era una constante que se había mantenido durante siglos. Quizá el primero en señalar que había cambios en ella fué Pigou en el ya citado libro de la «Teoría del Bienestar», aparecido en los años 20.

Quizá en este punto debo señalar el trabajo callado pero constante que lleva en España la organización «Justicia y Paz» a través de sus Comisiones diocesanas, principalmente activos en el pasado año de 1.996, año que las N.U. designaron como año Internacional para erradicación de la Pobreza. No resulta sostenible, a nivel general, una sociedad que vuelve la espalda a la realidad de los millones de personas que hoy viven en condiciones de pobreza, y «todo está organizado de tal manera que cuando

umenta la riqueza reciben más quienes ya están posicionados en los puestos de privilegio y quienes están excluidos de ellos permanecen fuera de reparto».

En el programa de las N.U. para el desarrollo se afirmó hace ahora ya seis años «La ausencia de compromiso político y no la falta de recursos financieros es la causa verdadera del abandono en que se encuentra el Hombre» y finalmente Juan Pablo II en su Sollicitudo Rei Socialis, «la pobreza sobreviene no por responsabilidad de las poblaciones indigentes, ni mucho menos por una especie de fatalidad dependiente de las condiciones naturales».

Pero la situación que se ha producido en la segunda mitad de este siglo, tras el hundimiento del comunismo, es ya tan crítica que es necesario buscar sus razones e intentar su solución con un replanteamiento del sistema por duro que pueda parecer.

El mayor riesgo de no encontrar esta solución se produce ya con la aparición de grupos revolucionarios en la práctica totalidad de los países iberoamericanos. En episodio reciente hemos visto la fotografía de un Presidente sudamericano junto al cuerpo, sin vida pero aún caliente, del jefe de un comando tupacamar. La foto, cuya publicación puede ser de más o menos gusto, no creo resulte dramática: es un episodio de una guerra desatada aunque sea desigual. La foto que resulta verdaderamente patética y que no sé si la publicó nuestra prensa, fué la de la muchedumbre que, al día siguiente, seguía para enterrar un féretro vacío, porque el cuerpo del guerrillero no fué entregado. Su dramatismo, su patetismo, dije antes, lo acaparaba el espectáculo de infinita «pobreza y humildad» que mostraban, triste y calladamente, los participantes en aquel remedo de entierro que terminó en un cementerio sin sepultura que recordaba al muerto sólo con un cartón, con su nombre, entre dos cajas de coca-cola con unas flores campestres.

¿Resulta posible el análisis más profundo de este fenómeno de pobreza creciente?

Es indudable que el paro tiene en él una gran importancia. El 80% de las masas pobres están vinculadas a una falta de trabajo, es una razón económica de peso y evidencia como veremos luego.

La segunda motivación, es de carácter más bien psicológico de la sociedad, en sus niveles medios y altos que, tras el hundimiento del comunismo ha perdido el temor a la fuerza creciente que, a primeros de siglo ofrecía el socialismo práctico. La desaparición del telón de acero retiró de infinidad de paredes la imagen multiplicada del que fué fundador del marxismo. Su figura infundía cierto temor a los practicantes del capitalismo, pero desaparecido este miedo, un capitalismo puro, «capitalismo salvaje» en palabras del actual Pontífice, representa hoy la búsqueda constante de la rebaja del pago de la mano de obra en el coste de sus productos y ello lleva a buscarla si es preciso un menor precio en otros países bien lejanos, que la ofrecen sin especialización y a costos de auténtica pobreza o a discutir contratos y defensas laborales, cuando han de acudir a la especializada dentro de su propio país.

La globalización del capital, que acude a cualquier lugar sin las dificultades que antes lo inmovilizaba, frente a la forzada inmovilidad de la mano de obra, es otra de las razones de este fenómeno y otras de estas razones reside en que las grandes técnicas productivas tienen como objetivo primordial, yo diría que exclusivo, la progresiva

extinción de la mano de obra en el proceso productivo. La mayoría de las inversiones actuales de los grandes grupos financieros lo que crean es paro. Sirven sólo para perfeccionar la industria mecanizándola más y más.

Dejado pues el proceso, en su fórmula absolutamente liberal, la mano de obra sobrante por el desarrollo de la tecnología industrial no hay forma de absorberla. Sólo la mano de obra en la agricultura (más difícil de entrar en la competencia tecnológica), en los servicios, (principalmente el turismo pueden mantener su oferta de puestos de trabajo) y en la construcción (forzosamente ligada al suelo) puede mantener un sistema reducido de crecimiento sin paro.

Así en países que tengan un gran desarrollo turístico el tema del paro y la pobreza puede verse paliado, aún con un fuerte grado de estacionalidad y sujeto a que, por tratarse de puestos de poca profesionalidad, son propicios a caer en manos de los emigrantes, pero aún así, estos sectores pueden mantener una cierta masa de mano de obra. La construcción, en los países que la precisan por escasez de vivienda, operaciones de reordenación urbana y retrasos de infraestructura es apto también para el desarrollo sin paro. El campo, de mano de obra también vinculada al propio país, ofrece una gran estacionalidad y posibilidad aún mayor de ser ocupada por inmigrantes, pero admite el desarrollo sin paro aunque de hecho estos sectores no tienen gran influencia en el producto final de estos países adelantados en los que el sector industrial alcanza valores del 70-80% del producto bruto total. Estos países están condenados a alimentar gradualmente sus tasas de paro.

4. El desajuste de las curvas de producción y consumo

Hay un planteamiento, en la economía de todos los tiempos, de considerar el crecimiento de forma acumulada. Que yo sepa no se ha planteado nunca en los análisis que se hacen del desarrollo, que éste se expresa sobre porcentajes de la renta total o de la producción, no se cae en la cuenta de la constancia de ese crecimiento, es un planteamiento simplista y que en cualquier caso, en el momento que estamos de un gran desarrollo es un coeficiente equivocado. Dicho de otra forma, cuando se habla del resultado de la producción de un sector se habla siempre, en porcentaje mayor o menor que el de la producción del año anterior, y ello supone en este sistema de producir a toda costa, el que cada año debe producirse más que el anterior y si es posible en porcentajes superiores a los que creció la producción en ese año anterior. Este concepto es hijo de la obsesión del crecimiento y plantea siempre curvas con una segunda derivada positiva, en términos matemáticos, o dicho de otra forma con la curvatura hacia el lado positivo del eje de las «X», es decir, tendente al infinito, no asintótico a nada, siempre con derivada positiva y sin límites en su ascensión hasta el infinito.

Cuando se habla de renta de un país, la forma de medir su crecimiento, se produce de igual manera en porcentaje del producto bruto del año anterior, que no deja tranquilo al observador si no resulta mayor que el coeficiente registrado en ése año anterior. Es la misma curva, comentada anteriormente, que sólo con un coeficiente negativo de crecimiento se quebraría en su permanente aumento hacia un punto situado en el infinito y que no tiene más que tangentes positivas, es decir, la misma morfología anterior de crecimiento constante e indefinido.

¿Nos hemos preguntado alguna vez si curvas de este tipo existen en la naturaleza?, porque si nos lo preguntamos obtendremos una respuesta negativa, es decir, no es una curva natural porque nada en la naturaleza tiene posibilidad de crecimiento infinito, nada crece sin estar destinado a perecer, y por tanto, cualquier curva de desarrollo tiene la curvatura justamente contraria a la que hemos comentado anteriormente. Tiene su curvatura orientada al lado negativo del eje de las «X» y, además de que ello supone un crecimiento menor cada vez, tiende a un cierto asintotismo que limita y fija su desarrollo. Todo en la naturaleza tiene un límite y cualquier crecimiento, dentro de ella, al estar sujeto a dicho límite, ofrece una morfología de curva de saturación. No hace falta extenderse mucho para comprender que esto es así y que este carácter de crecimiento cada vez más aminorado aunque sea positivo, es el que rige todo el comportamiento de los seres vivos. Aparte de su propia existencia, sus actividades vitales están también sujetas a esta saturación, es decir, la actividad de comer o beber es evidente que tiene un límite, por ansia que exista en los primeros bocados, y cualquier otra actividad vital está como estas regida por una ley de saturación. Podremos en las Olimpiadas ir mejorando records, pero en el ánimo de todos está que esta superación es cada vez más difícil y que nadie logrará nunca un salto horizontal de 20 metros.

Si trasladamos esta realidad al consumo, como operación vinculada a la producción, veremos que cualquier clase de consumo está, para el hombre, limitado. Que la masa de consumidores esté donde esté y estando más lejos o más cerca de esa línea de saturación, está condenada a seguir estas normas que resultan totalmente contrarias a las de crecimiento constante. Se podrán argüir muchos comentarios a esta simplificada exposición pero es evidente que si nos figuramos dibujadas en el papel o en la pizarra una curva de crecimiento constante y con la curvatura al eje positivo de las «X» y otra, al lado, de crecimiento que tiende irremisiblemente a cero, con su curvatura, pues, hacia el eje negativo, veremos que se trata de curvas de imposible acoplamiento. Se podrá argüir que la primera de estas curvas puede tener un punto de inflexión que cambiará su curvatura. Estamos conformes. Pero solo así, con un punto de inflexión, será posible que la producción tenga un desarrollo semejante al del consumo que haga posible la comparación de sus curvas y aún acoplables mutuamente.

Tenemos, pues, que mientras no se produzca ese punto de inflexión la producción tenderá a ser cada vez mayor con una morfología que la mantiene independiente de una curva de consumo que se mantendrá mucho tiempo creciendo, si se quiere, pero que de una manera absolutamente inevitable tenderá a anular su crecimiento.

Este planteamiento podrá ser todo lo simplificado que se desee pero es el que está vigente. Una producción sin límites no se acoplará jamás a un consumo con una vocación de saturarse en algún momento. Cualquier especulación que pueda hacerse sobre zonas de población, de tan mínimo consumo que no se ve aún en el futuro su posibilidad de saturación, cualquier otro razonamiento que diga que, al aparecer menos productos la población humana comienza un nuevo proceso, que aún estando por supuesto condenado a la saturación por ser nuevo tiene esta saturación muy alejada, cualquier razonamiento de este tipo no logrará cambiar la morfología de las dos curvas y señalan para las de crecimiento constante y positivo un obligado punto de inflexión más o menos lejano.

¿Está la civilización occidental, que es la de mayor consumo lo suficientemente cerca de este punto de inflexión? Para mí es evidente que sí y que en algún aspecto,

se empiezan a padecer los efectos negativos de una producción siempre creciente. La producción de automóviles es caso típico de crecimiento acumulado, y el disgusto de los productores y la crisis que en los grandes países productores se produce de vez en cuando dentro de este sector, es porque el mismo no crece todos los años cada vez más, pero jamás se tiene en cuenta que un punto de inflexión produce el cambio de sentido de la citada producción y, mientras tanto, las inversiones que los municipios o el Estado hacen en vías de circulación apropiadas está sujeto a la sobredimensión imposible de unas calles saturadas de tráfico y a la imposibilidad de mejorar cada año la red nacional de carreteras, lo que impone una saturación obligada en el número de coches que puede admitir la sociedad consumista. En ésta, el número de vehículos que posee empieza a producirle más disgusto que satisfacción, prueba inexcusable del acercamiento a un punto de saturación. Y hemos tocado un sector bien conocido de nuestro desarrollo, pero me pregunto si en los países más desarrollados no hay otros sectores que puedan estar también cercanos a puntos de inflexión que pueden producirse por motivaciones psicológicas, como una posible vuelta a la austeridad y a una aristocracia que rompa con el escándalo consumista del momento, que está tan extendido que no representa ya un liderazgo social como antaño. Hoy una aristocracia nueva podría crearse con facilidad con un estilo de gran austeridad aunque tuviera dinero para seguir con el consumo.

Nos encontramos pues, con una desaparición del Estado de Bienestar, posible con estados fuertes, plasmado por Keynes con el mantenimiento de la demanda mediante inversiones estatales pero desaparecido ahora con el neocapitalismo y su estado débil.

5. Organización intermediaria

Ya hemos aludido a una consideración de la empresa mercantil en el proceso de reparto de rentas. ¿Es ello posible? La creciente desaparición del Estado, condenado por la economía liberal a unas mínimas condiciones de poder, lleva forzosamente a que organizaciones particulares tengan que llenar un vacío creciente. La expansión de las denominadas O.N.G. de las que existen en España muchos centenares, de muy variada composición y frecuente falta de responsabilidad, con fines sin definir más que administrativamente, podría llevar forzosamente a mayores actividades de las organizaciones privadas tradicionales y serias a un protagonismo que no es el suyo propio, exclusivamente mercantil.

Bien merece un ensayo, por simplificado que este sea sobre la existencia y fines de la empresa, distinto según el tipo de sociedad de que se trate, pero que de hecho tiene en los distintos países europeos organización absolutamente análoga.

Aplicándonos, por mayor interés y conocimiento al caso de España, reproducimos los datos por los que se clasifican las empresas según el número de obreros. Ha variado con los años pero puede admitirse que el reproducido muestra, a principios de 1.995, la distribución porcentual de los más de tres millones y medio de empresas españolas en relación con el número de obreros que trabajan en las mismas.

ORDENACION DE EMPRESAS ESPAÑOLAS POR N.º DE EMPLEADOS

<i>EMPLEADOS</i>	<i>NUMERO DE EMPRESAS</i>	<i>PORCENTAJE</i>
0	2.800.000	75,00
1 - 10	800.000	24,60
11 - 50	130.000	0,34
51 - 100	13.000	0,03
101 - 250	5.000	0,02
Más de 250	2.000	0,01
TOTAL	3.640.000	100

Surge inmediatamente la observación del reducido porcentaje de lo que pudiéramos denominar la gran empresa, que no ofrece más de un 6% del total si se la define como aquéllos con empleo laboral superior a los 50 empleados.

Cabe señalar asimismo el inmenso porcentaje de las actividades empresariales, tres cuartas partes del total, que adoptan la forma de sociedades no por la razón de existencia de asociados, sino por la limitación de responsabilidades sociales, principalmente fiscales, y mayor posibilidad de defraudación.

La teoría de Buchanan tiene, por supuesto, aplicación a las empresas, no como antes a los votantes de forma directa, sino por la pura reacción de aquéllas ante lo que sus propietarios o gerentes suponen que colaboran al bienestar social con un exceso de imposición fiscal. A ello se une la pura reacción de las empresas, exclusivamente orientadas al lucro, lo que nos lleva a una postura de elusión de obligaciones sociales que está por lo demás en consonancia con las peculiares características de dichas empresas.

Aquéllas de tipo personal, sin obreros, actúan como cualquier contribuyente porque, de hecho, la ausencia de personal obrero y la ausencia de socios, merma mucho las posibilidades de aumentar gastos para disminuir beneficios pero estas empresas, que son con mucho la inmensa mayoría, tienen la posibilidad de falsear mediante aumento de sus gastos a través de facturas, más o menos admisibles para el funcionamiento de la empresa que, evidentemente, pueden ser detectados por la inspección pero que, al tratarse de empresas pequeñas de las que existe un número tan grande de ellas (dos millones y pico de empresas), dicha inspección resulta muy aleatoria pero tiene un gran peso que incorporen a su contabilidad y balances partidas, que no intentamos evaluar aquí, tienen gran importancia por el número tan grande de estas sociedades. Y evidentemente será muy difícil basar en ellas un sistema de solidaridad social.

Al pasar a las que podemos denominar grandes empresas, lo probable es que, parte de los socios estén tan alejados de la empresa que, de hecho, no tienen ni deseo ni posibilidad alguna de conocer los detalles del funcionamiento de aquélla. Se trata principalmente de empresas con inversión de capital anónimo que llega, bien a través de la mecánica de los fondos o bien simplemente por compra-venta de acciones en bolsa, dado que en este grupo puede ya haber algunas empresas que cotizan públicamente. Sus directivos no tienen más punto de contacto con los socios que las Juntas Generales anuales, donde es relativamente fácil dar los resultados a aquellos, con

poquísimas posibilidades, de que se requiera por alguno detalles de contabilidad. Y aún si lo hicieran es evidente la facilidad de eludir su control, menos pueden ofrecer una estructura capaz de asegurar la solidaridad social en función de sus resultados.

Las grandes sociedades que cotizan en bolsa ofrecen, dentro de la legislación española, un abandono total de la salvaguarda de intereses de los socios. Hay muchas empresas españolas con miles de ellos y, algunas concretamente, ofrecen cientos de miles, lo que suponen colectivos de intereses con mayor número de accionistas que habitantes tiene el 98% de las capitales españolas. Sólo el número de habitantes de las cuatro primeras capitales españolas, supera el número de socios anónimos que ofrecen ciertas empresas. Es este un tema del que cabe redactar todo un tratado que desvelaría las especulaciones posibles y la dificultad de inspección de estas empresas. Nombrar por votación los concejos de municipios de menos de 25.000 habitantes (que hay miles en España) y dejar sin amparo a los 300.000 socios que ofrece más de una empresa española, se hace difícilmente comprensible.

Pero centrándonos en lo que es el fin del presente análisis, es evidente la importancia del comportamiento de estas grandes empresas de accionistas anónimos que las vemos totalmente indiferentes en cuanto a una obligación social de las mismas.

En general pues, la práctica totalidad de las empresas mercantiles no se hayan ni vocacional ni organizativamente preparadas para una contribución social de solidaridad y las necesidades en España son absolutamente análogas a las de los demás países occidentales. Para su conocimiento amplio, del que hemos comentado ya algún dato, es conveniente recurrir a la Síntesis Estadística realizada sobre el tema por Argenteria en Julio del pasado año bajo el título de «Las desigualdades en España».

6. Conclusiones

Volvemos al principio de lo que dijimos sobre lo que puede ser una postura pesimista y optimista ante la realidad y al aplicar los pormenores de la situación al caso de España, nos encontramos con una curiosa situación de desinterés general sobre el tema. No hay más pensamiento en todos los niveles sociales que la actuación a corto plazo y ésta rodeada, como no ha estado nunca, de un desinterés por todo lo que no sea recibir dinero al plazo más corto posible. Inmediato.

Sería fácil argumentar que esta situación, exclusivamente despierta hacia el pragmatismo rápido de percibir más y más satisfacciones materialistas no encuentra parangón en pasados momentos de nuestra historia. Pero no puedo por menos de traer aquí unos pensamientos que tuvieron origen en la proximidad del año 98 de este siglo, junto a la sensibilización de que se han hecho eco muchas instituciones sobre el 98 del siglo pasado estilo, desde lo literario hasta lo político, que se produjo en este año que dió nombre a toda una generación.

El periódico ABC me publica precisamente hoy 7 de mayo unas consideraciones sobre este tema, que se resumen en la lectura del artículo del líder conservador Francisco Silvela, publicado el día 16 de Agosto de 1.898 en el periódico EL TIEMPO bajo el título de «Sin Pulso». Pertenece a una serie que recoge los mejores artículos de prensa contemporáneos y lo firma un hombre, que nacido en el año 1.843 y fallecido

en 1.905, fue varias veces Presidente del Consejo de Ministros español tras haber ocupado puestos en las redacciones de más de veinte periódicos. Se abre este artículo, con el título de «SIN PULSO» como hemos dicho, con la afirmación de su autor de que quisiera oír «estas o parecidas palabras brotando de los labios del pueblo, pero no se oye nada. En el Estado Español actual donde quiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso».

Era cierto. No obstante la acumulación a lo largo de aquel año, aniquilador del espíritu nacional, de constantes noticias y decepciones crueles, apenas se intentó expresar por la sociedad, ni aún en las mesas del café del Suizo o del de las Cuatro Calles, centros de tertulias intelectuales, una reacción positiva ante nuestro vencimiento total tras la expulsión de nuestra bandera de las últimas tierras de un mundo que descubrimos, conquistamos y colonizamos. Quizá las únicas tierras del mundo entero que fueron colonizadas de verdad, al dejar en ellas nada menos que el lenguaje y la manera de pensar y rezar de nuestras gentes. La razón que apuntaba Francisco Silvela para este casi sepulcral encogimiento de la sociedad española, era que «el materialismo nos ha invadido, el egoísmo nos mata, las ideas de la obligación, de la gloria, del deber nacional se han amortizado y nadie piensa más que en su personal beneficio». Y no se ve otra salida a esta triste situación que «levantar el concepto moral de los gobiernos» porque, si la gran dignificación no se logra, la descomposición del cuerpo nacional es segura. El gran riesgo, concluye, es el total quebranto de los vínculos nacionales y la única solución el nuevo ordenamiento, por nosotros mismos, de nuestros destinos como pueblo europeo.

Este texto impacta por fuerza a cualquier español que lo lea ahora íntegramente porque, quizás sin variar en él punto ni coma, es trasladable a la situación actual española y podría perfectamente aparecer en la prensa escrita de hoy, en lugar de haberlo hecho hace cien años en un periódico ya desaparecido porque, curiosamente, su texto se encontraría ahora situado en perfecta armonía entre los calamitosos escritos de periódicos, que tengo también sobre la mesa, y que pertenecen al día de hoy. De ellos recojo de manera muy escueta y a título de ejemplo algunas de sus noticias que resumo: «No obstante el aumento de la inseguridad de Madrid», ciento ochenta agentes policiales abandonan la vigilancia general callejera para servir de escoltas a personalidades. Los homosexuales de toda España se dan cita en la capital para exigir la ley de parejas de hecho. En pocos años no habrá delito ecológico porque probablemente no habrá nada que proteger en nuestras tierras. Autores no pertenecientes a ninguna organización «patriotera», reivindican el término «España», como protesta a la herejía que supone silenciar por norma esta palabra y sustituirla por «País» o por «Nación de naciones». En esta España de hoy donde casi nada verdaderamente importante adquiere importancia, leo con tristeza como los desafueros que «perpetúan los gobiernos nacionalistas en materia de valores fundantes de la idea de España, han hecho algo más que acabar con la concepción de patria, que es avergonzarse de ella». España es prácticamente hoy una nación sin Estado y si no lo es del todo, va camino de serlo definitivamente. Varios millones de personas, sigo leyendo, no pertenecientes a las comunidades más tradicionales «se han convertido en la práctica en españoles sin Estado» y, abonando este fenómeno la educación, herramienta básica de la formación social «se ha regionalizado de tal forma que los alumnos pueden aprender a leer pero terminan analfabetos» y «dentro de poco el título universitario se expenderá con la partida de nacimiento pero nunca habrá hecho la Universidad menos honor a su nombre». Esta es la situación en que se encuentran las universidades españolas, cuyos antecedentes se

remontan a la de Alcalá de Henares que fue, de hecho, una de las cinco primeras Universidades del mundo y al medio centenar de las que dos siglos más tarde, empezamos a crear en América y en Filipinas.

Esta, más que apatía, diría yo desinterés por la situación española de fin de siglo, de la que tanto se escandaliza el ínclito Francisco Silvela, es perfectamente posible encontrarla hoy en día en nuestras reacciones frente a la situación actual.

Quizá estamos aún sumidos en la conmoción y apatía subsiguiente al 98. Si tuviéramos el siglo XVI para establecer nuestro imperio, el XVII y el XVIII para lograr su colonización e igualdad con la metrópoli, y el XIX para perderlo, no sería de extrañar que nuestro declive ocupara más de un siglo. Todo el XX ha sido un esfuerzo para recobrar parte del viejo talante pero lo cierto es que el XXI se nos abre con un fracaso absoluto en cuanto a la propia idea de Nación.

Los mismos adjetivos que él emplea con que «el materialismo nos ha invadido, el egoísmo nos mata, y nadie piensa más que en su personal beneficio», podría pensarse que no es de un autor de hace un siglo, sino que es de un autor actual, y a nadie le extrañaría ver en las páginas de una publicación de hoy el artículo de Silvela literalmente reproducido. Si se tiene en cuenta en la apatía actual de los españoles en relación con la política, si caemos en la cuenta de las dificultades que nuestra plena integración en Europa nos va a producir, y a los que hemos hecho referencia anteriormente. Si ponderamos lo que España representa o mejor, ha dejado de representar para tantos españoles, no tendremos más remedio que reconocer que la situación actual, si se toma como muchos lo hacen con la alegría que da el éxito en ciertos negocios rápidos, o la esperanza de que económicamente la integración de España en Europa puede aumentar el abanico de nuestros consumos, olvidamos los acontecimientos que nos llevan a un estado sin nación y a unos gobiernos presos de hecho por minorías nacionalistas enemigas del concepto tradicional de España, nos daremos cuenta de que las analogías con la situación de hace 100 años son más reales de lo que pudiera parecer un entretenido pasatiempo histórico.

¿Quiere esto decir que el proceso puede dar lugar a una auténtica desintegración de nuestro país como tal? No puede afirmarse, porque de las graves consecuencias de la pérdida de nuestras colonias que tiene su colofón en el tratado París, firmado el 10 de Diciembre entre España y EE.UU., y el desencanto español del momento, el siglo XX deparó a España su neutralidad en dos guerras mundiales que con un intervalo de 25 años asolaron por 2 veces el continente Europeo, y aunque padeció la sangría de guerras civiles, una de ellas sin precedentes históricos en cuanto a su magnitud y crudeza, no impidió que España en la segunda mitad de siglo iniciara un gran desarrollo económico que les permitió integrarse junto a los países industrializados del continente.

La descripción de las situaciones con ser cruda y peligrosa a primera vista, no puede pues llevarnos a una preocupación exagerada por la situación pero sí sirve para que en el contexto general de la conferencia sobre los problemas que acechan a la economía del mundo occidental en general, tengamos que reconocer que la situación española, por optimista que pueda aparecer ahora, entre un rebuscado optimismo gubernamental y una alegre despreocupación de determinados inversores, no es la más idónea para que los riesgos que han de correr todas las economías occidentales, en-

cuentren en España caldos de cultivo más generosos que otras naciones de nuestro continente.

Por lo pronto, de acuerdo con lo que antes dijimos, España no es país de gran industrialización máxime cuando se da el caso de que los grandes complejos de este tipo han caído en manos de capitales internacionales, con lo que los beneficios no serán nunca españoles aunque quede aquí el importe de la mano de obra cada vez más discutida hacia la baja, y el importe de las materias primas y productos de fabricación intermedia.

¿Puede mejorar sustancialmente esta situación al intergrarnos en la Europa Unida? Evidentemente mejorarán los contactos financieros y la globalización de la moneda pero siempre la producción española se encontrará más lejos, en varios cientos de kilómetros, de la zona consumista que se concentra en un eje que va desde Londres hasta Génova pasando por los Países Bajos, Alemania occidental y Francia oriental.

Cuando oímos hablar pues de los esfuerzos gubernamentales imitando a la inversión extranjera en España, nos preguntamos que se les ofrece si se trata de la industria, a parte de mano de obra más barata o fácil. Cuando se pide alegremente en Norteamérica mayores inversiones en España se debe caer en la cuenta de que precisamente estas inversiones crean paro en nuestro país, porque servirán principalmente para mejorar el equipo mecánico con nuevas tecnologías que generan paro.

Tema distinto es el de los Servicios. Aquí sí es posible pensar en su mejora y expansión. El turismo en particular, con su estacionalidad estival pero también con el retiro estable de miles de parejas en nuestras Costas meridionales, es una posibilidad clara. No así la agricultura, que con mantenerla en sus cifras actuales, mejorando su tecnología y ampliando sus regadíos sería suficiente.

Y queda finalmente la construcción. Su evidente vinculación al suelo hacen de ella, en la actualidad, la forma más clara de creación de nuevos puestos de trabajo, mientras dure nuestra escasez de viviendas la necesidad de mejorar nuestra estructura urbana y la del país en cuanto a los transportes.

Sirve pues para facilitar nuestro desarrollo a corto plazo pero por lo demás se halla sumida en el problema general enumerado del aumento imparable de sus clases pobres.

Este es el verdadero problema difícil de conjurar, yo diría que imposible de conjurar en sistemas políticos de un poder centrado sólo en la liberalidad es que le da cada vez menos fuerza al Estado para conjurar el problema del bienestar.

Si el Estado es incapaz de imponerlo por su escasa fuerza social, si las compañías mercantiles aumentan su poder nacional e internacional pero no pueden suplirle, habrá que recurrir al sistema laboral oriental en el que el obrero y empleado están vinculados de una manera tan indisoluble a la empresa que ésta hace frente a todas sus necesidades incluidas las de las pensiones de retiro y, por supuesto, las de enfermedad, escolarización, invalidez, etc. La absoluta asunción de las necesidades laborales por la empresa produce en este sistema un bienestar social, en cuanto se conjuran los inconvenientes de una soledad del obrero y, por supuesto, la ausencia de paro, pero una se pregunta si esta vinculación que esclaviza, desde muchos puntos de vista, a los empleados, puede

ser de aplicación a los habitantes del mundo occidental que han hecho de unas determinadas libertades reivindicación absoluta y definitiva.

Y este es el tema en cuanto a las incertidumbres próximas que hemos querido desvelar en esta charla. Volvemos a lo que dijimos al principio de que no se trata de una postura pesimista sino de una realidad que ofrece para el futuro grandes incertidumbres. Sobre esta cuestión creo que es necesario crear una conciencia que no confunda la esperanza con la inoperancia sobre lo que puede sobrevenir. Ojalá haya llegado el mensaje a todos vosotros que, con tanta paciencia me habéis escuchado, y a los que reitero mi gratitud por vuestra presencia.